

CIVILIZACION Y TERROFOBIA

# LA MUJER

FRAGMENTO DE UN LIBRO DE PROXIMA APARICION

por JULIO C. DA ROSA

I

El concepto sobre la mujer es otro de los temas que, junto con los de la *Mentira, el Amor, la Risa, la Muerte, la Amistad, etc.*, hemos escogido como elemento de prueba en favor de la tesis que nos proponemos demostrar a lo largo de estos Apuntes, a saber: lo que gana el hombre en civilización (cultura, confort, seguridad, etc.), al desplazarse del campo a la ciudad, lo pierde en calidad humana, en profundidad moral.

Como es sabido, la condición jurídica, social y política de la mujer en la sociedad de este tiempo — y especialmente en algunos países entre los que se cuenta el nuestro — ha evolucionado de tal modo que, en términos generales, puede decirse que se ha equiparado con la del hombre y en algunos casos hasta la ha superado.

Como siempre ocurrió a propósito de todo nuevo impulso, el campo ha sido mucho más lento que la ciudad, en la absorción de estas conquistas en favor de la mujer. Tanto es así, que — no obstante los modernos sistemas de comunicación de masas — aún pueden observarse los resabios en el campo de aquel antiguo concepto sobre el rol de la mujer, en abundantes, variados y a veces hasta ridículos prejuicios.

En la ciudad, como decíamos, aquella tendencia niveladora de la condición de la mujer con la del hombre, ha progresado mucho más rápidamente, según puede apreciarlo el observador menos sagaz. Si es legítimo afirmar que en el campo la costumbre suele ir muy atrás de la ley en esta materia, en la ciudad ocurre al revés: en muchos casos la ley ha caminado a la vanguardia de la costumbre, incluso abriendo caminos; y en la mayor parte de ellos, aquélla no es más que una interpretación de la costumbre.



En síntesis: en la ciudad la mujer está mejor protegida jurídicamente; goza efectivamente de más derechos conyugales, de más amplias libertades sociales, de una emancipación casi total de prejuicios. En el campo vive más sujeta a tradiciones, está sometida a un mayor tutelaje marital, carece de una serie de libertades, paga un mayor tributo al prejuicio y hasta a la gazmoñería.

## II

Sostenemos y vamos a intentar probarlo, que la ciudad le está cobrando muy caro a la mujer, en un plano más hondo, la facilidad con que se ha avenido a legitimar aquella tendencia a su equiparación con el hombre. Dicho de otro modo: nos parece que, en la misma medida en que la mujer en la ciudad ha venido conquistando diversas posiciones en todos los planos de la vida y de la actividad, las ha ido perdiendo en consideración y miramiento a su condición de tal. Diríamos que el hombre, a través de múltiples aspectos de su relación social con la mujer, se ha desquitado, en la ciudad, de aquellas concesiones que debió hacerle en otros. Como si en el fondo se estuviera vengando de la pérdida de su antiguo dominio legal y social sobre el sexo opuesto y de las prerrogativas que ese imperio le otorgaba.

Ello es visible hasta en los hechos menos estrepitosos de la vida común de relaciones entre uno y otro sexos. Quien escribe no lleva todavía treinta años de residencia en Montevideo. Pues resulta realmente sorprendente el deterioro que a lo largo de esos veintitantos años, puede observarse en el comportamiento del hombre hasta en las formas más elementales de su comercio social con la mujer. Un ejemplo entre cientos, lo constituye el caso

de la *cortesía*, esa simpática modalidad de convivencia que tanto enaltece a quien la usa, cuanto dignifica a quien la recibe.



No hace treinta años, bastaba que una mujer pisara el pasillo de un ómnibus "completo", para que simultáneamente saltaran de sus asientos cuantos hombres estuviesen más próximos, sin fijarse en que fuera una vieja, una embarazada, una muchacha o una niña; bastaba que se tratase de una persona del sexo femenino. A la entrada y a la salida de los espectáculos, en las "colas", en la calle o en la vereda, siempre a la mujer le era reconocida espontáneamente esa natural prerrogativa suya de la prioridad, que seguramente debe enraizarse en su calidad de madre; debe tener algo de gratitud filial.

Pues no es necesario citar muchos ejemplos, para que se admita el cambio en tan poco tiempo, de aquella actitud con que el sexo fuerte respondía al llamado de ese sentimiento ancestral de la filiación. Basta asistir a un espectáculo cualquiera, para observar el otro espectáculo; el de los hombres en

avalancha, metiendo codos, pies y cabezas, arremetiendo para llegar primero a cualquier costo, así sea la caída y el pisoteo de una mujer que ingenuamente quiso usar su antiguo derecho a la preferencia. O asomarse a un autobús repleto, para encontrarse con decenas de mujeres (ancianas, en avanzada gravidez, con niños en brazos, etc.) libradas a la dura peripecia del pasillo, mientras que sobre los respaldos de los asientos, se mecen dulcemente decenas de másculas testas. Algunas, simulando dormir, quizás todavía acusadas por una lejana conciencia; otras, mirando indiferentemente el espectáculo del pasillo, cuando no platicando sobre la forma como atraparon sus asientos en una corrida, ganándoselos de pronto a una pobre vieja que no pudo llegar a tiempo.

Otro síntoma — y éste ya morbooso — de la decadencia del comportamiento masculino frente al sexo débil, es el que se acusa en ese brulote miserable y lascivo en que ha venido a convertirse el piropo de otros tiempos. *Tampoco es necesario remontarse más de dos docenas de años hacia atrás, para advertir la verdadera degeneración enfermiza a que ha venido a parar lo que en aquella época supo ser la más delicada manifestación de algo que ya ni de nombre se conoce, que es la galantería, forma airosa y fina, a su vez, del réquiebro amoroso.*

Bastaría recurrir a cualquier testimonio de esa época no lejana, para apreciar lo que era entonces el piropo. Se trataba de un primoroso obsequio — a veces hasta poético — al oído de una mujer y sólo al suyo. Conocimos más de un muchacho de aquel tiempo, que llegó a tomarse el trabajo de escribir el piropo que habría de propinar a la chica de su preferencia. En ocasiones hasta en verso le salió.

Quien desee comprobar en lo que se ha convertido todo eso ahora, no tie-



ne más que pararse en una esquina cualquiera de Montevideo, donde haya un hombre o un grupo de hombres, jóvenes o no, y esperar a que pase por allí una muchacha, una señora, una niña crecida, nada más. Estamos seguros de que ni en el más licencioso sitio público, nadie habrá escuchado jamás un aluvión tan soez de obscenidades desde labios masculinos hacia oídos femeninos. Ello, naturalmente, al amparo de esos tres refugios, por otra parte tan urbanos, de la cobardía, que son la irresponsabilidad ocasional, el anonimato y la impunidad.

### III

Nuestra tarea, ahora, se encaminará al intento de demostrar cómo esta opuesta valoración de la mujer en la ciudad y en el campo, viene de más lejos en el tiempo, lo que nos lleva a la afirmación genérica de que tal diferencia es fruto de tipos humanos completamente opuestos en su contextura moral.

Nuestras pruebas documentales en la emergencia, son la Literatura Gauchesca para lo que respecta al campo y la Literatura Tanguera para lo que tiene relación con la ciudad. Dos fuentes insospechables, a nuestro entender,

que si bien cronológicamente hablando, no son en un todo coincidentes, aportan valiosísimos elementos de juicio de sus respectivos ámbitos de desarrollo, para las conclusiones a que pretendemos llegar sobre el tema en consideración.

Lo primero que vamos a mostrar, es un caso de reacción del hombre común del medio urbano en la época que consideramos, según la versión tanguística de sus sentimientos, ante su reemplazo por otro individuo, en el corazón de una mujer. Obsérvese que, por lo menos ateniéndonos a la letra del relato, no nos es posible deducir ni siquiera que haya habido adulterio.

Se trata del tango "De puro guapo", de R. Iriarte.

Un compadrito se allega hasta el baile de un conventillo, donde todo el mundo se divierte, "a los conciertos que dan los fuelles, con sus gemidos provocadores". Pero esto "no le importa" al convidado de piedra; porque,

"él a bailar no ha venido:  
busca a aquella que lo ha herido  
en medio del corazón".

—¿Y a qué vino a meterse en el baile?

Es lo primero que se pregunta cualquier persona medio normal, ya desconfiando de la actitud del intruso; porque lo cierto es que bien pudo encontrar a la otra en la casa o en el trayecto a la fiesta. Se ve que lo que quiere es escándalo. Pues ahí se queda, contemplando "de hito en hito" el bailongo.

"Y cuando encuentra a la traicionera,  
a la ladrona de su ilusión,  
la mano críspa con ansia fiera  
sobre la masa de su facón".

—¡Se armó, macho a macho!

Tiene que gritar, al oír el tango por primera vez, cualquier hombre bien nacido — no importa adónde — y sólo

por un llamado atávico de la raza (y en esto de la raza invocamos juntos a Cristo, el Cid Campeador, Quijano el Bueno, Martín Fierro y por ahí seguimos). Porque ese hombre bien nacido, a quien sigue asistiendo aquello de la gratitud filial — más que nunca ahora, frente a una mujer en peligro — todavía le da una chance a este hermano suyo, también parido por mujer: la chance de que, al críspar la mano "con ansia fiera sobre la masa de su facón", este hijo del arrabal porteño, que tanto lloró por la madre viejecita y tanto se compadeció por la muchacha cegada por "las malas luces del centro", sea para enfrentarse cara a cara, "fierro a fierro" y sin ventajas con el seductor de su mujer, como sería lógico, varonilmente hablando.

Pero no. El de la mano críspada sobre el facón, nos paraliza enseguida con esta acción inmediata:

"Y como un tigre sobre su presa,  
salta ligero y asesta un tajo  
que roja marca deja sangrando  
y el tango muere en el bandoneón".

"Como un tigre", no!, que el tigre sólo hiere peleando y para comer; como una víbora, será. Porque la "roja marca" que deja sangrando este "varón", es sobre el rostro de la mujer que lo ha desdeñado. Sin embargo el



otro, el de aquellas tradiciones de la raza, el de aquel sentimiento siempre vivió que él mamó en leche de mujer, todavía, — ¡pobre! — le sigue dando crédito fraterno a su hermano extraviado:

—La va a matar y se va a matar él, bien matado.

Dice, explicándose el caso ya en el terreno de la lógica pasional. Y sigue escuchando, para oír esto, acerca del hombre del cuchillo:

"Apartando a los curiosos se retira receloso"...

—¿Y los curiosos qué hacen?

Pregunta y se entera que están nada menos que

"entre murmullos de admiración".

Y ya está todo dicho. Que entre los circunstantes, los que han presenciado todo el proceso del crimen (llegada, búsqueda de la víctima, crispación de la mano, salto, tajo) a nadie se le ocurra apresar al cuchillero, llamar a la policía, correr, gritar en demanda de auxilio, ya es imperdonable; pero que hombres y mujeres ante quienes se desangra una mujer con el rostro partido, mientras su victimario "se retira receloso", prurrampan en "murmillos de admiración", ya es algo más que serio. Medítese bien: se trata de un grupo de personas traspasadas de emoción frente a semejante acto de "arroyo" y ello es así, aunque parezca mentira a más de un campesino atrasado y novicio en estas lides urbanas. Quiérase o no, el "héroe" de esta escena espantosa es intérprete de un sentimiento colectivo. Cada uno de los que le han hecho marco, en su admiración no sólo está justificando el atentado, sino haciendo saber que, puesto en lugar del protagonista, habría procedido en igual forma que él.

Mientras allá, en la mesa del café o junto al receptor de radio, con el mate

frío, está el otro, el pobre hombrecito triste y apabullado, dándole vueltas en la cabeza a este horror. Piensa:

—¿Por qué este individuo no buscó un buen desprecio para la fulana y se fue después por ahí, a comerse solito las consecuencias?

Es lo que habría sido lógico, moralmente hablando.

Y en esto está, cuando recibe el "tiro de gracia" del que había creído su hermano por hijo de mujer. Pues éste, que después de haber pasmado de admiración a los concurrentes con su tajo de "varón", al fin ya se iba, es de pronto asaltado por la idea de ponerle al cuadro un toque final de "machismo":

"Pero apenas dio unos pasos, se volvió y con arrebato les gritó: de puro guapo me he cobrado su traición".

Y pronto. Con esta última nota, a través de la cual el hombre hace su última descarga de conciencia, queda redondeada toda una definición. Si a alguien le queda alguna duda, que la acuse. Si no, que apague la radio, como lo haría el caviloso aquél, si el que cantaba el tango no fuese el Morocho y no estuviese el mate sin dar vuelta.

#### IV

Antes de que se enfríe en el lector la imagen de esta escena representativa de todo un concepto ciudadano sobre la actitud del hombre frente a la mujer que lo desprecia o lo engaña, veamos cómo procede un hombre de campo, casi contemporáneo de aquél, en iguales o quizá más graves circunstancias.

En "Del Pasao" — "Horas Negras" del libro "Paja Brava" de José Alonso y Trelles ("El Viejo Pancho"), un gaucho viejo muestra a otra persona la tapera que en un tiempo fue su "nidito

de amores" con la china por cuyos "ojazos negros, aún de luto se visten (sus) sueños".

"¡Por qué jue conmigo tan ingrato el cielo cuando con un rayo podía haberme muerto!..."

Obsérvese ya la diferencia del gaucho con el taita del tango, en este anticipado deseo de morir antes de matar.

"Horas que volaron dichas que murieron, amor del que agatas quedó otro recuerdo que el galope loco de un cabayo overo y el grito e venganza que auyaban mis celos; aqueyas paredes tuito eso sintieron al caer de una tarde que olvidar no puedo. Eyas y la virgen que está arriba el cerro vieron a mi china cuando iba juyendo enancada a un indio de vincha y culero que de su cariño de juro era dueño... "También yo la vide y, de rabia ciego, tantíe la cintura, me ajusté el sombrero, corrí ande pastaba mi cabayo overo, lo enfrené volando, salté en él en pelos, le apreté los lomos con muslos de acero, y salió aquel pingo bebiendo los vientos como si en sus carnes se hincasen mis celos..."

Subrayamos, para después: 1º), "el grito e venganza / que auyaban mis



celos"; 2º) "vieron a mi china / enancada a un indio / de vincha y culero / que de su cariño / de juro era dueño"; 3º), "y, de rabia ciego, / tantíe la cintura". Con la diferencia de que mientras el gaucho sorprende "in fraganti" a los culpables, el malevo va al baile a buscar "a la ladrona de su ilusión", en estos tres numerales está configurada exactamente la misma situación de la escena del tango, con sus mismos elementos: deseo de venganza, enfrentamiento con los culpables, cuchillo en mano. Recordando como procedió el "puro guapo" "entre murmullos de admiración", veamos cómo procede ahora el gaucho solo, sin más "curiosos" que su conciencia, "a esa hora en que el mundo / se queda en silencio".

"Sintiéndome cerca, largó el indio al suelo larienda robada, dejuro creyendo que pa mi venganza me bastaba aqueyo, y que más liviano su flete azulejo sacaría ventajás a mi pobre overo, que corriendo siempre, corriendo, corriendo como si en sus carnes mordiesen mis celos,

diba ya tan cerca  
 del indio matrero,  
 que viendo era al fiudo  
 regatiar el cuero,  
 pronto pa peliarne  
 se dio contra el suelo.  
 Y ahí, no más, toparon  
 mi fierro y su fierro,  
 y ahí, no más, el taita,  
 más zonzo o más lerdo,  
 se ligó un "barbijo"  
 que andaba sin dueño,  
 y aflojó los brazos  
 y se vino al suelo.  
 Yo, al mirarlo caído  
 y viéndolo muerto,  
 pa que no se juése  
 manié su azulejo  
 y po'el alma el indio  
 recé un padrenuestro  
 a esa hora en que el mundo  
 se queda en silencio."

¿Se ha visto? El "indio" largó la prenda robada, "de juro creyendo / que pa mi venganza / me bastaba aqueyo". Con creces le hubiera bastado "aqueyo" al matasiete del tango, si era lo que buscaba para tajar; claro, siempre que se hubiera animado a hacerlo "a esa hora en que el mundo / se queda en silencio" y sin el marco imprescindible de los "murmillos de admiración". Pero al del overo, ¿qué le habría de bastar "aqueyo", si lo que quiere él no es herir carne de mujer — y más que matar por matar — es matar haciéndose matar. Y mata porque no lo matan. Y si mata a un hombre, es porque la vergüenza, el daño moral que él quiere matar, tiene figura de hombre; que igual lo habría hecho — y seguramente más aliviado — si la hubiese tenido de fiera o de monstruo. Tanto es así que, al verlo difunto, le maneja el caballo y le reza un padrenuestro. Como lo hubiera hecho con un amigo. ¡Es que ya le tiene lástima!

Y viene la tortura final, de este des-  
 pechado de amores. Tortura, decimos  
 y véase por qué:

—¿Y eya? — De rodiyas,  
 pálida de miedo,  
 juntas las manitas  
 como un gesto e ruego,  
 cuando cerca suyo  
 sofrené mi overo,  
 y echando pie a tierra  
 la cacé del pelo,  
 dio un grito tan hondo  
 que áun lo estoy oyendo...

.....

Sin decir palabra  
 suspendí su cuerpo,  
 le escupí la boca  
 — nido en que mis besos  
 habían puesto un toldo  
 del amor matrero —  
 y fijos mis ojos  
 en sus ojos negros  
 — que nunca en la vida  
 golvería ya a verlos —  
 ahugau con la baba  
 dije: "Te los dejo,  
 te los dejo, china,  
 te los dejo abiertos,  
 aunque más no sea  
 pa que un poco e tiempo,  
 si no sos muy yegua,  
 lo yorés al muerto".

Ya está vengado y arrepentido de tener que matar a un hombre. Pero tiene que castigar a la adúltera. Y su actitud es la de un padre que se dispone a castigar a un hijo, cuya debilidad, cuya indefensión lo traspasa de ternura. Véase: "pálida de miedo / juntas las manitas"... "dio un grito tan hondo / que áun lo estoy oyendo". "Las manitas", dice. ¿Quién no ve que por un poco no da vuelta y se manda mudar sin tocarla? En actitud muy discutible en un gaucho, se limita a escupirla; pero se queda con aquel "gri-

to tan hondo" para toda su vida. Viejo ya, todavía lo está oyendo y contando.

Y conste que el Viejo Pancho es uno de los autores a quien más se le va la mano en el tratamiento de la mujer. En esta poesía y en "Del natural", la escupe; la compara con las perras en "La Güeya"; menta "una trenza cortada rente al cuero", en "Misterio", todo lo cual es lamentable por inauténtico. Lo cierto es que jamás le pega, la corta ni la mata, no obstante las múltiples formas del hondo desengaño sentimental que campea por todo "Paja Brava".



Volviendo al que allá escuchaba el tango, ¡qué compensación para su desengaño anterior con la actitud del "guapo", habría sido, con dolor por lo del escupitazgo, la de esta historia de amores de un pobre gaucho viejo! Sin duda hubiese ensillado el mate, para celebrar su encuentro con un hombre; un hombre como él, a fin de cuentas.

## V

Antes de pasar a nuestro ejemplo inmediato, queremos llamar la atención sobre un curiosísimo procedimiento — del que se usa y abusa en el mismo — de los letristas de varios de estos tangos rojos. Mediante tal pro-

cedimiento no sólo ubican el crimen — en este caso el asesinato feroz — en escenario campesino, sino que al propio uxoricida lo visten de gaucho, lo hacen hablar con lenguaje criollo y hasta lo montan a caballo. Claro que, apenas uno pone un poco de atención sobre el texto, por aquí y por allá comienzan a saltar — ya en la construcción, ya en los giros, ya en las metáforas, ya en el estilo — las hilachas de "cajetilla" que no ha logrado disimular el autor en el zurcido. Pero la más elocuente de esas denuncias a pesar suyo, sobre su irrenunciable condición de hijo legítimo o adoptivo de la ciudad — la que a nuestro juicio constituye prueba fehaciente — es la actitud que se pone en el protagonista del relato, frente a la mujer infiel. Pues no pueden ser nunca un criollo ni un gaucho auténticos, quienes apaleen, hieran o maten a ninguna mujer. En su concepto, eso "no es de hombre".

En consecuencia, no logrará interpretar fielmente al hombre de campo en sentido genérico — y menos al gaucho — el escritor que lo hiciere protagonista de un homicidio contra una mujer, por muchos "pa" y "chiripá" con que lo arme. La obra podrá inspirarse en un hecho real y hasta reflejarlo en todos sus detalles, pero debido al carácter aislado de éste — a su anormalidad — dicha obra habrá perdido su verosimilitud, esa condicionante indispensable para que se la admita como representativa e incluso como posible y legítima.

Como decíamos, nuestro segundo ejemplo tanguero se inscribe justamente en este lote de crímenes cuyo actor principal aparece disfrazado de gaucho o de criollo rural, a fuerza de caballo, facón y alguna que otra "paisanada". Se trata del tango titulado "A la luz del candil", letra de J. N. Navarrini y música de Flores, una de esas tantas

píldoras de horror sin suspenso que nos tragamos varias veces al día, gracias a su envoltura en una linda música o en una buena voz:

"Me da su permiso, señor comisario, disculpe si vengo muy mal entrazau, yo soy forastero y he cáido al Rosario trayendo a los tientos un güen en-

[tripau.  
[trero,  
yo soy gaucho honrado a carta cabal no soy ni borracho ni soy un cua-  
[trero:  
señor comisario: ¡yo soy criminal!"

Con los aderezos de "forastero cáido al Rosario", "los tientos" (del recado, figuradamente hablando), "matrero" y "cuatrero", le alcanzan para llamarse "gaucho" y "gaucho honrado" a este disfrazado de gaucho; sin advertir seguramente, que si con esa presentación podría tapujear su **estampa** de pueblerino cien por ciento, con lo que dice enseguida ("el pez por la boca muere"), le queda el **alma** de pueblerito tiritándole de desnuda a la intemperie:

"Arrésteme, sargento y póngame ca-  
[denas  
si soy un delincuente que me per-  
[done Dios,  
Yo he sido un criollo güeno, me  
[llamo Alberto Arena,  
señor, me traicionaban y los maté a  
[los dos."

¡Claro que a los dos!; ¡pero sin pelear, eh! Porque, como se verá después, es de suponer que hasta acostados, los agarró. Sin embargo, se autocalificó antes de "gaucho honrado" y ahora de "criollo güeno". Ya vamos a ver cómo procede un criollo "a secas", sin necesidad de golpearse el pecho, sencillamente, en una situación casi superponible, en lo similar, a la de Al-

berto Arena. Agrega, el "criollo güeno":

"Mi china fue malvada, mi amigo  
[era un sotreta  
mientras yo fuí a otro pago me ba-  
[surió la infiel."

Luego, le anuncia al comisareo este presente:

"Las pruebas de la infamia las traigo  
[en la maleta:  
las trenzas de mi china y el corazón  
[de él."

"Yo soy criminal"; "si soy un delincuente que me perdone Dios", fueron las palabras de presentación de Arena ante el comisario (o el sargento). Como si hubiera resuelto ir preparándole el ánimo gradualmente, para dejarse caer con estas *pruebitas de las trenzas* y el corazón, sacados a cuchillo de los muertos recién matados por él. Todavía no se autocalificó de **asesino sádico**, este "gaucho honrado" o "criollo bueno"; seguramente pensando en que



pudo llegar al Rosario con los ojos, las lenguas, las orejas o los órganos genitales del "sotreta" y de la "infiel" y bien que se abstuvo de ello, vaya a

saberse por qué misteriosas preferencias anatómicas de su "bondadosa honradez criollo-gauchesca".

Viene después la sintética declaración final sobre cómo, con el "testigo solito" de la "luz del candil", el traicionado consumó su venganza:

"Total: casi nada, un beso en la  
[sombra,  
dos cuerpos cayeron y una maldición;  
y allí comisario, si usted no se asom-  
[bra,  
yo encontré dos vainas para mi fa-  
cón."

"Casi nada", dice; y es verdad. Para lo que hizo después, resulta casi un juguete esto de envainar el facón en dos cuerpos. ¿Qué se iba ya a asombrar el comisario, si él ya a esta altura de la declaración de Arena, lo sabía a éste inclinado sobre los cuerpos yacentes de la mujer y del amigo, en aquella actitud macabra de cortar las trenzas a ella y de abrirle el pecho al otro, para arrancarle el corazón? Pudo, eso sí, preguntarle si lo del "beso en la sombra" es una prueba de que los mató en pleno lecho, según hay que suponerlo; esto es, inermes, impedidos para defenderse o disparar, como a dos ratas atrapadas. A lo "gaucho güeno", como quien dice.

## VI

Pues bien, aquí tenemos la contrafigura de este varón arrabalero puesto en trance de "criollo honrado, caído al Rosario (como) forastero", con su maleta de pelo y visceras.

Obsérvese cómo en la sola narración del caso — cuyas circunstancias similares, como ya dijéramos, casi lo identifican con el anterior — este otro protagonista, que es nada menos que Cruz del "Martín Fierro" de José Her-

nández, ya hace advertir la presencia de otra categoría de alma. Cruz, el gaucho matrero y perseguido que acaba de batirse junto a Fierro, luego de abandonar la partida policial que venía a matar a éste y que aquél integraba (por que "Cruz no consiente que se cometa el delito de matar así a un valiente), le cuenta su vida a su reciente amigo. Hay en ella una frustración amorosa, en cuyo tema así entra:

"Yo también tuve una pilcha que me llenó el corazón, y si en aquella ocasión alguien me hubiera buscao, seguro que me había hallao más prendido que un botón".

Adviértase como, por sobre la herida íntima, hay una evocación del tiempo feliz del amor perdido. Pero hay que ver la dignidad con que se refiere a la mujer, en las dos sextinas siguientes:

"¡Quién es de un alma tan dura que no quiera a una mujer!  
Lo alivia en su padecer:  
si no sale calavera  
es la mejor compañera  
que el hombre puede tener.  
Si es güena, no lo abandona  
cuando lo ve desgraciao,  
lo asiste con su cuidao  
y con afán cariñoso,  
y usté tal vez ni un rebozo  
ni una pollera le ha dao."

"Si no sale calavera", es decir, con las excepciones del caso, en general "es la mejor compañera que el hombre puede tener". Y enseguida, el reconocimiento a la asistencia cariñosa de la mujer, aun cuando su hombre "tal vez ni un rebozo ni una pollera le ha dao". Cuenta luego su felicidad con aquella mujer y lo que era la vida junto a ella, hasta que apareció el se-

ductor, nada menos que el comandante de la milicia en que servía Cruz:

"Pero, amigo, el comandante que mandaba la milicia, como que no desperdicia se fué refalando a casa: yo le conocí en la traza que el hombre traiba malicia. El me daba voz de amigo, pero no le tenía fe. Era el jefe y, ya se vé, no podía competir yo; en mi rancho se pegó lo mesmo que saguapé."

Téngase en cuenta, para cuando nos refiramos a la Amistad en estos Apuntes, que el otro le "daba voz de amigo", pero Cruz "no le tenía fe"; es decir, no se consideraba su amigo. Después de contar las artimañas de que se valía el comandante valido de su jerarquía, para mantenerlo a Cruz alejado de la mujer, dice éste:

"Es triste a no poder más el hombre en su padecer, sí no tiene una mujer que lo ampare y lo consuele; mas pa que otro se la pele lo mejor es no tener."

¡Qué lección ésta, para Alberto Arena y para el "guapo" del baile! Porque sinceramente hablando y conocidos

los antecedentes, ¿quién sería capaz de dudar que la reflexión de ambos habría sido: "mas pa que otro se la pele, lo mejor es tajarla o envainar en ella el facón y después cortarle las trenzas?" Sigue Cruz su relato:

"No me gusta que otro gallo le cacaree a mi gallina. Yo andaba ya con la espina, hasta que en una ocasión lo sorprendí en el jogón abrazandomé a la china. "Tenía el viejito una cara de ternero mal lamido, y al verlo tan atrevido le dije "Que le aproveche; que había sido pa el amor como guacho pa la leche."

.....

"Un puntazo me largó pero el cuerpo le saqué y en cuanto se lo quité, para no matar a un viejo, con cuidao, medio de lejo, un planaso le asenté."

Los encontró a los dos "in fraganti", como Alberto Arena a su amigo con su china, éste a la luz del candil, Cruz a la del fogón. Pero anótese: Arena mata y mata en silencio, a hombre y mujer indefensos, luego maldice, después mutila a cuchillo. Cruz ni se acuerda de la mujer, frente al hombre que se le viene, espada en mano, y le larga un puntazo. Pero todavía logra quitárselo y ¿para qué? Lo dice: "para no matar a un viejo". Mata sí, pero ¿a quién? Al "adulón" del comandante y después de esquivarle varios disparos de revólver, según está escrito.

Después de la vergonzosa disparada del comandante y ya muerto el "adulón", ¿qué se le ocurre al lector, que puede hacer Cruz? ¿Que salga en busca de la adúltera para acribillarla a puñaladas o por lo menos partirla la



cara? La verdad es que paraliza la actitud insólita del gaucho:

"Alcé mi poncho y mis prendas  
y me largué a padecer  
por culpa de una mujer  
que quiso engañar a dos.  
Al rancho le dije adiós,  
para nunca más volver."

Hay que tener alma, para hacer esto;  
hay que ser hombre; hay que ser un  
gaucho auténtico.

Termina así:

"Las mujeres dende entonces  
conocí a todas en una.  
Ya no he de probar fortuna  
con carta tan conocida:  
mujer y perra parida,  
no se me acerca ninguna."

En un pasaje que hemos salteado,  
compara a la mujer cuando olvida, con  
la mula al cocear; aquí, la empareja  
con la perra parida.  
Son los dos pensamientos más duros  
de Cruz, respecto de la mujer.

## VII

Y entramos al tercer ejemplo tan-  
guero elegido: "Noche de Reyes", con  
letra de José Curi y música de Pedro  
M. Maffia. El protagonista había que-  
rido a su mujer "como nadie"; "por  
ella" se había hecho "bueno, honrado,  
buen marido y hombre de trabajo" y  
de ella le había nacido "un varoncito,  
orgullo de (su) hogar".

"Pero una noche de reyes,  
cuando a mi hogar regresaba,  
comprobé que me engañaba  
con el amigo más fiel."

Volvemos a llamar la atención, a  
efectos posteriores, sobre esta particu-  
laridad del engaño amoroso en la ciu-

dad, según el tango: casi siempre anda  
un amigo por medio. Ya se vio en "A  
la luz del candil", "mi amigo era un  
sotreta"; aquí es nada menos que "el  
amigo más fiel".

"Y ofendido en mi amor propio,  
quise vengar el ultraje,  
y lleno de ira y coraje  
¡Sin compasión los maté!"

Claro, lo que es el coraje para matar  
mujeres, no le falta nunca a este ven-  
gador de ultrajes. Seguramente el ase-  
sinato se produjo en iguales circuns-  
tancias que el cometido "A la luz del  
candil".

"¡Qué cuadro, compañero, ni quiero  
[recordarlo!  
Me llena de vergüenza, de odio y  
[de rencor,  
¡De qué vale ser bueno! Si aparte  
[de vengarme,  
clavaron en mi pecho las flechas del  
[dolor?"

¡Pobre hombre! Mire que tras su  
"sacrificio" vengativo, todavía vayan  
"las flechas del dolor" a mortificarle  
el pecho. ¡Hay que ser mártir!... Por-  
que, todavía esto:

"Por eso, compañero, como hoy es  
[día de reyes,  
los zapatos del nene, afuera los dejó.  
¡Espera un regalito! no sabe que a la  
[madre  
¡Por falsa y por canalla el padre la  
[mató!"

Con semejante "regalito", es como  
para que el "nene" no se olvide más del  
"papi".

Ya mate, ya marque, ya apalee, lo  
que siempre desea es ver sangre de la  
mujer adúltera, este producto infeliz  
de la ciudad, especie de eslabón per-  
dido de una tradición de siglos. Por-  
que, cualquiera sea la causa por la

que apalee, marque o mate, lo cierto es que esa causa ha perdido toda ligadura con aquella sencilla y mansa frase pronunciada para salvar a una mujer del castigo del populacho: "Quien se hallare libre de pecado, arroje contra ella la primera piedra".

Sin embargo, sigamos viendo con qué fuerza arraigó en el alma del hombre campesino de estas mismas tierras, la herencia moral de aquella frase.

Sólo "Martín Fierro" está lleno de ejemplos. Pasamos por alto, entre otros muchos, el de su hercúlea pelea con el indio para salvar a una mujer castigada por éste, luego de haberle matado el hijo; hecho cuya grandeza epopéyica debiera ser tema permanente de docencia entre nosotros.

Descartamos toda ocurrencia de contradecir nuestras afirmaciones, mediante la cita del caso patológico-criminal del Viejo Vizcacha, con su co-

ca, como lo demuestra el desprecio a su condición, que su mismo creador expresa por boca del hijo de Fierro.

Martín Fierro regresa del Fortín, adonde lo habían llevado preso, con varios gauchos más y donde estuvo sirviendo forzosamente durante tres años. Llega al pago y busca la querencia, en la que había dejado rancho, haciendas, hijos y mujer. Se encuentra con este cuadro:

"No hallé ni rastro del rancho;  
¡sólo estaba la tapera!  
¡Por Cristo, si aquello era  
pa enlutar el corazón:  
yo juré en esa ocasión  
ser más malo que una fiera!

.....

"Al dírme dejé la hacienda  
que era todito mi haber;  
pronto debíamos volver,  
según el juez prometía,  
y hasta entonces cuidaría  
de los bienes la mujer.

Después me contó un vecino  
que el campo se lo pidieron,  
la hacienda se la vendieron  
pa pagar arrendamientos,  
y qué sé yo cuántos cuentos;  
pero todo lo fundieron."

Y viene esto, que hace estremecer:

"¡Y la pobre mi mujer  
Dios sabe cuánto sufrió!  
Me dicen que se voló  
con no sé qué gavián,  
sin duda a buscar el pan  
que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte  
lo que a algún otro le sobre;  
si no le quedó ni un cobre  
sinó de hijos un enjambre  
¿qué más iba a hacer la pobre  
para no morir de hambre?



nocido concepto sobre la mujer, que lo lleva a matar a la propia "de un palo, porque le dio un mate frío". Vizcacha es el anti-Martín Fierro, es la antítesis del gaucho, es la negación más acabada del hombre campesino de su épo-

Tal vez no te vuelva a ver,  
prenda de mi corazón:  
Dios te dé su protección  
ya que no me la dió a mí,  
y a mis hijos dende aquí  
les echo mi bendición."

Pero ¿es que existe un ejemplo más conmovedor de resignación y humildad, que el de este gaucho despojado hasta de la honra? La mujer, "la prenda de (su) corazón" se ha ido no importa con quién, si fue a buscar el pan que él no podía darle; y se pregunta qué otra cosa iba a hacer "la pobre para no morir de hambre". ¡Y pide para ella la protección de Dios! ¿Qué más se precisa para comparar a este gaucho desgraciado, con el mismísimo Job? ¿Cómo no se les caerían las babas a los "guapos puros" y a los Alberto Arena, ante semejante ocasión para irse a buscar a la "traicionera malvada" adonde estuviese y allí carnearla!

### VIII

No queremos finalizar, sin ofrecer este último fragmento del "Martín Fierro", en el que el protagonista hace — a propósito del tratamiento que dan los indios a las mujeres — estas reflexiones para una antología moral:

"Cuanto el hombre es más salvaje  
trata pior a la mujer;  
yo no sé que pueda haber  
sin ella dicha ni goce:  
¡feliz el que la conoce  
y logra hacerse querer!

"Cuanto el hombre es más salvaje / trata pior a la mujer". Claro: la explota, la apalea y la echa, como en el tango "Y lloró como una mujer"; o la tajea, como en "De puro guapo"; o la asesina, como "A la luz del candil" y

en tantos otros. O le hace todo eso junto, como los indios salvajes a que se refiere el relato. Sigue:

"Todo el que entiende la vida  
busca a su lao los placeres;  
justo es que las considere  
el hombre de corazón;  
sólo los cobardes son  
valientes con sus mujeres."

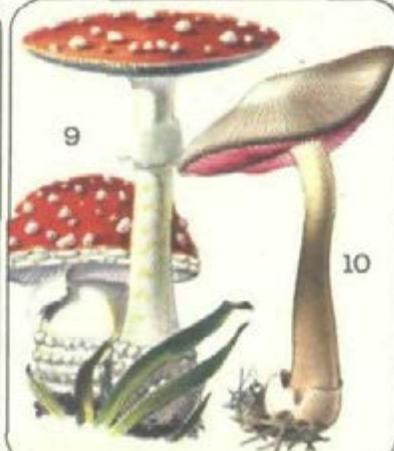
Compárese esta expresión de que "sólo los cobardes són / valientes con sus mujeres", con estas otras: "de puro guapo me he cobrado su traición" (tajo); "por falsa y por canalla, su padre (del nene) la mató"; "yo encontré dos vainas (una, la mujer), para mi facón"; "le pegó treinta y siete puñaladas" (a la mujer). Dígase ahora, si hay o no hay dos definiciones del hombre en aquella y en estas expresiones. Y esto último, para juntarlo con lo que antes dijo Cruz sobre la mujer:

"Pa servir a un desgraciado  
pronta la mujer está;  
cuando en su camino va  
no hay peligro que la asuste;  
ni hay una a quien no le guste  
una obra de caridad.

No se hallará una mujer  
a la que esto no le cuadre;  
yo alabo al Eterno Padre,  
no porque las hizo bellas,  
sino porque a todas ellas  
les dio corazón de madre."

Aquí está, aquello que decíamos: no hay un hombre bien nacido, en quien la presencia de una mujer no despierte espontáneamente la necesidad de un homenaje, en el que va implícita su gratitud filial; es un homenaje a la madre, a la que no se puede escarner sin negarse.

# HONGOS COMESTIBLES



## HONGOS VENENOSOS

El "Hongos verde" o Amanita phalloides (venenoso y hasta mortal; un solo sombrero puede ocasionar la muerte de toda una familia). Aparece en los robledales o encinales. Es fácil de distinguir por su color verdosa y, en particular, por la envoltura que presenta su pie (fig. 8).

El "Hongos malinascoas" o Amanita muscaria (fig. 9), muy característico, es también venenoso aunque no es mortal.

El "Entoloma" o Entoloma lividum (fig. 10), aunque raro, es fácil de reconocer (tiene envoltura en su pie). Es venenoso.

# escudos de américa



**HAITI**



**HONDURAS**



**MEXICO**



**NICARAGUA**



**PANAMA**



**PARAGUAY**



**PERU**



**PUERTO RICO**



**EL SALVADOR**



**TRINIDAD TOBAGO**



**URUGUAY**



**VENEZUELA**